
Diccionario analítico de un dialecto del Chínchay Suyu

(FRAGMENTOS)

Nota Preliminar

Chínchay Suyu y *Ccolla Suyu* fueron, de las cuatro regiones que formaban el *Tawantin Suyu*, las más extensas y las que se incorporaron al Imperio Incaico, en buena parte, poco tiempo antes de la Conquista española.

En una y otra región, según va descubriendo la arqueología, antes de la conquista incaica existieron diversos reinos y señoríos que, si entre sí tenían mucho de común, también se diferenciaron unos de otros en muchos aspectos, de los que la lengua fué, seguramente, uno de los más importantes.

Los misioneros católicos y alguno que otro seglar que, en los primeros tiempos de la conquista, se ocuparon del estudio del lenguaje en el Perú, por el contacto inmediato que tuvieron con el elemento oficial y culto del Imperio Incaico, consideraron como "lengua general de todo el Perú" la que aquéllos usaban, esto es, la lengua cuzqueña, a la que no tardaron en denominarla *quechua*.

Pero como no es posible suponer que la lengua cuzqueña, en el poco tiempo que llegara con los conquistadores incas a las apartadas regiones del Imperio, se infiltrase prestamente en

todas las capas sociales en ellas habitantes desplazando al idioma o idiomas autóctonos, la generalización que los *quechuistas* hicieron entonces y han seguido haciendo después, resulta muy forzada y contraproducente.

Una atenta observación de la realidad comprueba que en la región que los Incas denominaron *Chinchay Suyu* existieron, y aun existen, no sólo uno, como erróneamente se ha sostenido, sino varios dialectos.

Sin pretensiones de dar una clasificación definitiva, en el extenso territorio que formaba el *Chinchay Suyu* encontramos los siguientes dialectos: el *quitu*, que con algunas variantes se habla por los indios en la sierra de la actual República del Ecuador; el *huamachucu*, cuya extensión geográfica, según nuestros datos, alcanza a los actuales departamentos de Cajamarca, Amazonas y Libertad; el *conchucus*, que, con ligeras variantes, se habla en las provincias del norte y del este del departamento de Ancash y en las del Marañón y Huamaliés del departamento de Huánuco; el *tampish* o *cajatambu*, que se habla en las provincias de Bolognesi, Cajatambo y serranías de la de Chancay; el *huanucu* o *jalcca* (1), que, con ligeras variantes, se habla en la provincia del Dos de Mayo y en los pueblos serrano-occidentales de las de Huánuco y Ambo; el *pilco*, que hablan los indios de los valles cálidos en las provincias de Huánuco y Ambo y en la del Pachitea; el *chaupi-huarancca*, cuya extensión abarca toda la provincia de Pasco y la parte norte de la de Tarma, y el *huanca* que, con ligeras variantes, se habla desde la parte sur de la provincia de Tarma hasta la de Huancavelica, etc.

Entre estos diversos dialectos, si es verdad que existe mucho de común, las diferencias son más saltantes, a tal punto

(1) Con el nombre *Jalcca* se designa a la región andina donde no se produce el maíz, y por extensión a los habitantes de ella. A la región productora de maíz y, también por extensión, a los habitantes de ella, se les denomina *Ghechwa*. Esta última región es *Jatun Ghechwa*, cuando a la vez que el maíz se producen también frutas, e *Ichic Ghechwa* cuando sólo fructifica el maíz.

que, cuando gentes de las diversas provincias mencionadas se reúnen y quieren entenderse en lo que ellos llaman *lengua o runa shimi*, les es imposible hacerlo, no sólo por la diferencia sintáctica y fonética, sino también porque el léxico y la vocalización son diversos. Un ejemplo: al *solanum tuberosum*, en el quechua y en la mayor parte de los dialectos mencionados se le traduce por la palabra *papa*; pero en el *tampish* y en el *huanca* se traduce por *acsho* y *acssho*, respectivamente. La palabra cabeza se traduce por *uma*, como en el *quechua*, y en el *conchucus* por *pecca*, significando *uma*, en este último dialecto, un sér fantástico.

Lo que todos estos dialectos tienen de común con la lengua *quechua* o *cuzqueña*, seguramente no obedece a que ellos deriven de aquélla o que, en el poco tiempo que dominaron los incas en la región del Chinchay Suyu, el quechua se hubiera aclimatado tan pronto, para después de la conquista española adulterarse en la forma en que hoy aparecen los distintos dialectos. Parece ser más bien que tanto las lenguas quechua y aimará como los dialectos mencionados, derivan de una lengua madre que, investigaciones posteriores y mejor documentadas, seguramente llegarán a determinar. Si el *quechua* progresó más, fué por haber sido el lenguaje de gentes que mayores facilidades encontraron para convertirse en jefes.

Entretanto, como un medio de contribuir al mejor conocimiento de estas cosas, el autor desea ofrecer en estas páginas un léxico el más completo y analítico posible del dialecto *huanucu* o *jalleca*, que es el que se habla en la región donde él nació y que, por tal razón, es su lengua materna y más conocida por él que los demás que lleva mencionados.

El autor cree que las generalizaciones prematuras en esta clase de estudios perjudican el mejor conocimiento del asunto; que lo que debe hacerse, para no revolcarnos en un infundado *eruditismo*, es, observando la realidad lingüística en los terrenos mismos, realizar otros tantos trabajos análogos, para que, con esos materiales, los que después vengán construyan sus obras sobre bases menos deleznable que las usadas en

sus trabajos por Onfroy de Toron y otros, que, como fundamentales instrumentos de su ciencia, utilizaron más la imaginación y la hipótesis que la paciente observación y la experimentación científica.

La extensión geográfica en que domina el dialecto *huancu* o *jalcca*, abarca toda la actual provincia del Dos de Mayo y las serranías occidentales de las de Huánuco y Ambo.

Álccay

Ave de la familia de las rapaces que habita por parejas, en las faldas de los Andes, generalmente desde la zona conocida con el nombre de *jalcca* hasta las proximidades de las nieves perpetuas. Su color es totalmente negro en la parte posterior del cuerpo y blanco, desde el pecho, en la anterior. Tiene las alas y la cola como orladas de blanco. Lleva el pico y las patas amarillas, terminando en un celeste tenue en los extremos. Su tamaño es poco menor que el del gallinazo y su aire, inteligente. Por su parecido, estando en reposo, con un fraile dominico, es sin duda que suelen llamarla en castellano con este nombre en la comarca que nos ocupa. Se alimenta de animales muertos, de gusanos que encuentra en los pantanos y de las aves tiernas que arrebatada de sus nidos. Su graznido onomatopéyicamente puede traducirse por: ¡*Jara yac-yac-yac!* pronunciado con rapidez y cierta fuerza.

Anida e incuba en los peñascos; rara vez saca más de dos crías, pues generalmente, una sola. El pollo tiene un color castaño obscuro que conserva más o menos durante seis meses, al cabo de los cuales su progenitores, reuniéndose en parvada con sus semejantes, la emprenden a picotazos con el vástago, a veces por días seguidos, hasta ahuyentarlo de los sitios que solía frecuentar. Este es el momento, puede decirse, en que entra en la mayoría de edad y desde entonces se le ve solitario buscándose el sustento que antes le daban, en el

pico, sus padres, hasta que, al cambiar de color, es admitido en la sociedad de sus semejantes.

El graznido de este rapaz, que raras veces suele emitir, es tenido como señal de mal agüero y mucho más cuando lo profiere poniéndose cerca de la habitación de las personas.

En la literatura indígena *non scripta*, el *álccay* figura mucho como personaje principal de los cuentos, fábulas y cantares, simbolizando el acendrado amor al terruño.

En nuestro concepto, deriva de *alcca*, voz con que se expresa el concepto de cosa bicolor a grandes fajas o manchas.

Camaghe (2)

Entre aquellos habitantes de la comarca que nos ocupa, en cuya mentalidad sólo en parte ha penetrado el espíritu europeo, domina la creencia de que el alma humana, en vida misma del hombre, es susceptible de desdoblamiento y de encarnación en el cuerpo de cualquier animal no doméstico, cuya cualidad predominante sea equivalente o concordante con la cualidad caracterizante del sujeto del desdoblamiento. Se afirma esta posibilidad hasta tal punto que, en circunstancias dadas, matando a tal animal, se puede causar la muerte instantánea de la persona cuyo desdoblamiento está encarnado en él, por muy distante que éste el uno del otro.

A ese animal, que podemos llamar el *doble* viviente de una persona, se conoce con el nombre de *camaghe*.

El animal no doméstico, por lo general, huye ante la simple aproximación del hombre. Si es salvaje o montaraz, excusado es decir que casi nunca se aproxima a la habitación de los hombres o a los poblados. Los creyentes en la existencia del *camaghe*, de las excepciones que suelen no faltar, sacan las pruebas que necesitan para fundamentar su creencia.

A veces suele ocurrir que un animal raro, montaraz o feroz, llega a los poblados, se introduce en las casas, o prac-

(2) Antes de *e*, *i*, la *gh* en este dialecto tiene un sonido análogo a la *cc* antes de *a*, *o*, *u*, es decir, muy gutural.

tica algún acto no común en los de su especie, etc., sin temer a los hombres ni causar daño alguno siendo fieras o de presa, o causándolo en forma sensacional. Ocurre luego que inmediatamente, o tras corto intervalo, aparece por allí alguna persona conocida o desconocida. Entonces los creyentes en la existencia del *camaghe*, concluyen en que aquel animal raro, montaraz o feroz, es el *camaghe* de aquella persona, a quien, según las cualidades peculiares del animal, le adjudican cualidades psicológicas y morales análogas. Así un león o *puma* es el *comaghe* de un hombre noble y valiente; el de un astuto y bajo, un zorro (*átoc*); el de un laborioso, la abeja (*oroncco*); el de una persona fina y de sentimientos delicados, un colibrí (*jirish*), etc.

El animal *camaghe*, cualquiera que sea, es inofensivo cuando la persona cuyo desdoblamiento anímico está encarnado en él, no está próxima a morir. Si lo está, sus acciones son diametralmente opuestas. En este último caso aun el animal más pacífico, como el picaflor (*jirish*) o la paloma (*úrpay*), ataca a las gentes, en cualquiera forma, y si el *camaghe* es un cánido, un felido, etc., ataca durante las noches y aun de día a los animales y a los rebaños en sus apriscos (*cancha*) o fuera de ellos en forma no usada, matándolos en gran número como si estuviese poseído de una locura de muerte. Aun los hombres mismos no se libran del ataque de esta clase de *camaghe*.

Cuál sea el origen o el fundamento de esta creencia, difícil es decirlo. En alguna parte hemos leído que entre los chinos existe una creencia análoga. ¿Coincidencia, origen común o derivación?

Chúluck

(Sensación de Muerte)

En algunos pueblos del Este del Dos de Mayo, como Obas, Ceáhuace, Chavinillo, etc., que se levantan a una y otra margen del río Marañón, subsiste una original costumbre fúnebre que no se practica en el resto de los pueblos indígenas de la provincia.

Durante el velorio del cadáver de un adulto, cuando el canto de los gallos anuncia la media noche, la concurrencia, enardecida por las libaciones alcohólicas alternadas con oraciones en sufragio del alma del difunto y de la rememoración de sus buenas acciones, se agita como reclamando algo importante que faltase.

Los rostros se tornan graves, y las miradas inquietas, dirigiéndose hacia los jóvenes, parecen, decirles: “¿Cuál de vosotros se siente hombre?”. Tal actitud continúa hasta que el más osado de ellos, avanzando hasta el centro de la habitación mortuoria, reclama que, para hacer de *Chúluck*, se le revista con una blanca túnica larga que por el talle se ciñe con un grueso *kipu* (cordón con nudos), rematando por la cabeza en un amplio cucurucho.

Disfrazado de tal guisa, *Chúluck* sale sólo de la casa mortuoria con dirección al panteón, y de paso, cumpliendo el ritual, toca a muerto las campanas, en el único campanario del pueblo, en forma tal que estremece el corazón del hombre más templado e indiferente. Después sigue hacia el panteón, y una vez en él, anuncia su llegada mediante largos, estridentes y peculiares silbidos que cortan el aire lúgubrementemente, provocando el aullido de los perros e infundiendo en el ánimo de cuantos los oyen el miedo al misterio.

Después de haber recogido en las fosas del cementerio dos o más huesos humanos, emprende el regreso, lanzando siempre los silbidos dichos, y al acercarse a la casa mortuoria, al acompasado són que hace producir a los huesos que lleva consigo, sobre la marcha emprende una danza que, si no fuese fúnebre, sería grotesca. Abriendo violentamente la puerta de la casa mortuoria, da un salto hasta el sitio donde yace el cadáver, del que luego se mofa mediante actos, gestos y palabras que, a los que no son del lugar, les parecen, cuando menos, irreverentes.

Después, *Chúluck* se vuelve hacia la concurrencia que permanece absolutamente silenciosa, como si lo que va presenciando fuese un acto de una solemnidad transcendental. Sin

distinción de hombres, mujeres ni niños, *Chúluck* repite con los concurrentes cuando hizo con el cadáver, sin que nadie ose emitir una palabra o un gesto de protesta ante el acto más avanzado que pueda realizar, y si *Chúluck* nota alguna muestra de desagrado o impaciencia, azota con el *kipu* a las personas que no saben reprimir sus nervios.

El segundo canto de los gallos es el anuncio de que la misión de *Chúluck* ha terminado. El disfrazado se despoja de la túnica y es, después, uno de los tantos considerados por el pueblo como hombre de gran temple de alma, puesto que supo triunfar de la prueba en la que más de uno pierde la existencia en el panteón mismo, sin duda, por efecto de las violentas emociones que se apoderan del alma humana frente al misterio de la muerte.

Los practicantes de este extraño rito dicen que *Chúluck* es la personificación de la Muerte que viene a demostrar a todos que ella no guarda respeto a ricos ni pobres; a chicos ni grandes, a hombres ni mujeres, de todos los que se ríe y se burla.

Ichic-Olcco

Es ésta una de las muchas palabras sin correspondiente en castellano. Literalmente se la puede traducir por el diminutivo *varoncito*, que no da, ni aproximadamente, idea ninguna del significado de la palabra indígena.

Afirman los oriundos de la comarca que nos ocupa que, en los ríos, fuentes, riachuelos y lagunas, existe un sér de figura humana, de más o menos el tamaño de un niño de seis meses, cuyo cuerpo en la parte posterior, hasta los talones, se halla totalmente cubierto por largos y espesos pelos. Sostienen que este raro sér, caminando durante las noches sobre las aguas, gruñe recíamente con una voz semejante a la de los lechones y que en días de garúa (*chirapa*) arroja por el ombligo el arco iris (*turumanya*).

Afirman también que las personas afortunadas pueden coger a aquel raro sér laceándolo con una soga de cerda torcida con la mano izquierda, porque de lo contrario, con la enorme fuerza que tiene, vence al hombre. Una vez preso así, sostienen que hasta habla en lenguaje humano y paga por su libertad crecido rescate en oro, plata o piedras preciosas. Cuentan, por fin, que, a quien le coge, en cambio de una fuerte recompensa metálica, le pide la guía del ombligo de un niño (*varón*); el cual, dice, en sus luchas con sus enemigos le sirve de poderosa arma de triunfo.

A la acción del *Ichic-Olcco* atribuyen la descompostura de los molinos, el enturbiamiento de las aguas y el susto de los transeúntes nocturnos a causa de los gruñidos estridentes que emite aquel raro sér.

El comarcano tiene tan plena fe en la existencia real de este sér fabuloso, que, cuando se camina en su compañía por la orilla de los ríos, al ver el agua coloreada por cualquiera causa en los huecos que las olas forman en las piedras o rocas salientes, dice al momento: "*Ichic-olccupa ishpayminta ricay*". (Fíjate en la orina del *ichic-olcco*).

Ila

Palabra como otras muchas sin correspondiente en castellano. Barranca, en el *Vocabulario* anexo a su *Dialecto Chinchaysuyu* (3), le da como correspondiente el diminutivo *idolillo*, que no nos parece expresar todo el contenido de aquélla.

Cuando en las mañanas o en las tardes, generalmente de la época lluviosa, la neblina cubre el horizonte, en las inmediaciones de los ríos, fuentes (*pucyu*), lagunas, etc., suele distinguirse a veces entre la bruma correr y saltar un carnero, un becerro u otro animal doméstico, cuyos balidos o mujidos tienen algo de peculiar comparado con los de los ganados comunes. El afortunado que alguna vez vea uno de estos raros

(3) Publicado por el autor del presente trabajo en el tomo VI de la "*Revista Histórica*", pág. 207.—Lima 1919.

animales, debe procurar apoderarse de él a cualquier precio, porque su posesión le hará dueño de inmensos rebaños o importantes vaquerías.

Pero sucede que estos originales animalillos tienen los sentidos tan finos y sensibles y los movimientos tan rápidos, que se dan cuenta de los más débiles movimientos o de los más tenues olores, y al primer indicio de peligro se introducen en las aguas, sus moradas.

Mas si ellos han estado poco atentos al peligro o quien los ha visto procede con la rapidez necesaria, apenas les queda tiempo para convertirse en una burda estatuilla de piedra que representa una vaca, un carnero u otro animal doméstico.

Esta estatuilla es la *Ila*.

El feliz mortal descubridor de tal estatuilla deberá colocarla en lugar seguro, ofrendarle constantemente coca, cigarros y otros presentes, a fin de evitar que huya a su antigua morada. Si por estos medios logra captarse la simpatía del *jirca*, padre de estos seres, sin duda alguna será en breve tiempo poseedor de gran fortuna pecuaria, cuya imagen sea la *Ila*.

Dicho se está que no todo ganadero tiene la suerte de contar con su *Ila*. Aquel que la tiene, cuando llega la época del rodeo, de la marcación y señalamiento del ganado, del esqui-leo, del cambio de pastores y en general cuando en la *estancia* se verifica algún acontecimiento no frecuente o extraordinario, rinde un respetuoso culto a la *Ila* de la vaquería, de la majada, etc., para propiciarse sus beneficios.

Sobre un altarcillo especialmente preparado, rodeado de flores campestres, de coca, cigarros y otras ofrendas análogas, es colocada la *Ila*. En seguida, dueños, invitados, allegados y pastores, a la usanza indígena, en cuclillas se sientan al rededor y, después de recibida la ración de coca que a cada cual distribuye la mujer del dueño, cada uno coge cuatro o cinco hojas de las mejores, las oreo con su aliento entre las palmas de ambas manos juntas, salmodiando la frase ritual: "*Mama Ila, ma chajjchapacurcuy ari, etc.*". (Madre *Ila*, dignate aceptar esta ofrenda), y luego, con unción religiosa, uno tras otro

van poniendo sus hojas sobre el altarcillo, comenzando por los dueños y terminando por el menos caracterizado, formulando todos votos de prosperidad para la *estancia*.

Después de esta ceremonia comienza el *Ila chajjchapay* (masticar la coca en honor de la *Ila*), acto que dura hasta las dos o tres de la mañana, con distintas armadas y libaciones de aguardiente, cuya primera copa se derrama sobre el altar de la *Ila*, como parte de la ofrenda.

A veces cuando el negocio es grave o los dueños son más ricos o entusiastas, el *Ila chajjchapay* dura hasta la mañana siguiente y entonces toma el nombre especial de *Ila waráapay* (Velar masticando coca en honor de la *Ila*).

Sostienen los creyentes que las *ilas* suelen burlarse de las seguridades que se adoptan para conservarlas en determinado lugar y que huyen a los lugares de donde proceden. Entonces los ganados que las tienen como sus dioses representativos, van tras ellas hasta el sitio adonde han huído, por muy distante que esté.

Por otra parte, cuando se quiere arruinar una *estancia*, no hay más que apoderarse de la *Ila* correspondiente y entonces se verá que el perjuicio viene en seguida, sin que nadie lo pueda contener, en forma de enfermedades desconocidas que matan el ganado instantáneamente, de accidentes que jamás ocurrieron, etc., etc.

Turumanya

(Arco iris)

Quien conoce siquiera las nociones más elementales de la Meteorología, sabe cuál es el origen de este fenómeno. Pero los autóctonos de la comarca que nos ocupa, unos por su ninguna cultura científica y todos por la influencia poderosa de la herencia y de la tradición, tienen una idea muy distinta respecto a su origen.

Creer que el arco iris sale, en los instantes de garúa (*chirapa*), del ombligo de un *Ichic-Olcco*, que afirman habita en

un manantial, y formando espirales va a dar en el ombligo de otro *Ichic-Olcco*, que habita en otro manantial. Muchos agregan que adherido al extremo saliente del espiral va un gato rojo que suponen sea el demonio.

Atribuyen al arco iris efectos maléficos. Cuando una mujer da a luz un monstruo o se enferma de hidropesía o de cualquier otro mal que aumenta el volumen del vientre, sin admitir discusión afirman que la mujer está *pucyusscca*, esto es, que el arco iris se ha introducido en su vientre, o mejor, que el *Ichic Olcco* la ha poseído mediante el arco iris.

Se va más lejos en esta creencia: se sostiene que aun el hombre y los animales de todo sexo pueden ser poseídos por el *Turumanya*. De tal manera está arraigada esta creencia en el espíritu popular que toda mujer que se halla ocupada en alguna faena cerca de una fuente, laguna o río o que simplemente está cerca de las aguas, en cuanto comienza a caer la garúa, antes de que aparezca el arco iris abandona su tarea y huye precipitadamente lejos de las aguas.

Es curioso observar la diferencia que establecen sobre la forma como la mujer y el hombre, se dice, son poseídos por el *Turumanya*: el hombre lo es por la coronilla y la mujer, por el ombligo.

Distinguen dos clases de arco iris: el de los siete colores y el blanco, que, dicen, sólo aparece en las altas cumbres durante las tempestades o en las noches lluviosas. Este último es el más temido por sus efectos y también, porque no siendo estable, como el primero, persigue a las gentes por dondequiera que huyan, aterrorizando a los espíritus con una estridencia característica.

Uman-Júpay

Aunque exacto correspondiente castellano de esta palabra no existe, puede traducirse por *cabeza fantasma*. Pero se requiere una explicación complementaria para dar una idea clara y exacta de su contenido.

Se cree que las partes del cuerpo humano, durante el sueño, son susceptibles de disgregación, sin perder la vida, para tomar los rumbos que más les acomoden. No dicen por qué ni con qué objeto.

La parte que más frecuentemente hace uso de esto, que podemos llamar derecho, es la cabeza, que recorre los caminos produciendo un ruido característico al chocar con el suelo, que onomatopéyicamente puede traducirse así: “¡Púcruc!, ¡púcruc!, ¡púcruc!”. A esta cabeza disgregada que se pasea campante por los campos, se le llama *Uman-Jupay*.

Si por casualidad algún infeliz mortal toca con ella, puede darse por muy afortunado si sólo queda privado de conocimiento hasta la mañana siguiente, pues lo ordinario es que quede instantáneamente sin vida como herido por un rayo.

Como se ha dicho, no es privilegio exclusivo de la cabeza hacer esas excursioneitas nocturnas. Los demás órganos también la emprenden aunque con menos frecuencia. Según sea el brazo, la pierna o el estómago el órgano paseante, se llaman, respectivamente, *ricran-júpay*, *cháncan-jupay*, *páchan-júpay*, etc.

Parece oportuno insertar, para concluir, un cuento popular que tiene por protagonista al *Uman-jupay*:

“Un joven de cierto lugar tenía relaciones amorosas con una joven nada fea, a quien solía visitar secretamente varias noches por semana.

Cierta vez ocurrió que al llegar una noche a altas horas, encontró sin cabeza a su amante y comprendiendo que la ausente cabeza estaba de paseo, quiso jugarle una broma. Buscó en la habitación algo adecuado para colocarlo sobre el cuello trunco y encontró un *mate* pequeño que lo adaptó convenientemente y esperó pacientemente la vuelta de la cabeza para reírse a su costa.

Pasado algún rato, el *uman júpay* llegó, y el bromista, oculto en la obscuridad tras unos obje-

tos, oyó luego que, al intentar adaptarse sobre el cuello cubierto por el *mate*, producía ruidos precipitados. Para gozar mejor los efectos de su travesura encendió luz, y al instante sintió que un cuerpo extraño se sentaba y adhería fuertemente en uno de sus hombros: era el *uman-júpay*, que buscaba un sitio adecuado para conservar su existencia, ya que, por efecto de la broma, el cuerpo al cual había pertenecido acababa de morir.

Desde aquel momento el infeliz joven tuvo dos cabezas, de las cuales una, recordándole su mala acción, era su perpetuo tormento.

N. Saturnino Vara Cadillo.